

EL RETORNO AL MEDITERRANEO

JOSE M. BRINGAS.

Todas las antiguas civilizaciones eligieron zonas templadas para su asentamiento, alejadas tanto de los Polos como del Ecuador. Así, los chinos, babilonios, mayas, egipcios, griegos, romanos, etc., se localizaron lejos de medios hostiles a las formas de vida humana.

El Mediterráneo fué sede de varias de esas civilizaciones agrícolas. La suavidad de su clima permitía una forma de vida agradable y al mismo tiempo una agricultura fértil. A medida que la Humanidad fué creciendo, el Mediterráneo fué convirtiéndose en el centro de la vida del orbe. Hasta que portugueses y españoles se lanzaron a la conquista de otros mares, sus aguas fueron testigos de los principales acontecimientos de la Humanidad de entonces, tanto en sus aspectos comerciales como religiosos o políticos. El descubrimiento de otras tierras primero y la búsqueda de zonas con mejores fuentes de energía durante la era del proceso industrial después, fueron las causas de la pérdida de importancia del Mediterráneo y de su despoblación relativa.

América y Asia, con sus riquezas y productos exóticos, atrajeron a los barcos que antaño surcaron sus aguas y así fueron perdiendo importancia puertos como Venecia, Ostia, Estambul, Malta, Rodas, Orán, Argel, etc., quedando sólo como muestra de su antiguo esplendor Génova, Marsella, Barcelona y El Pireo, por los que quedó unida Europa a Africa.

La expansión económica que durante los siglos XVIII y XIX creó un superior desarrollo de las regiones del Norte más ricas que las zonas mediterráneas en fuentes de energía barata, acabó por dejar atrás a las naciones que bañaban sus aguas y así podemos

ver cómo los países industriales del Norte son los que ofrecen mayores niveles de renta por habitante, quedando en la cola casi todos los países mediterráneos.

Sin embargo, desde hace muy pocos años un fenómeno nuevo ha vuelto a poner de actualidad las costas mediterráneas. La creciente prosperidad de las naciones de Europa—y en ellas empezamos a contar las propias mediterráneas, cuyas zonas septentrionales alcanzan niveles de renta parecidos a los de las restantes naciones—ha hecho que sus habitantes puedan satisfacer esa necesidad, llamémosla fisiológica, de disfrutar de los atractivos naturales que las costas mediterráneas les ofrecen.

El fenómeno turístico ha vuelto a poner de actualidad las costas de Italia y Francia primero, de España, Yugoslavia y Grecia hoy y en un futuro no muy lejano, de Egipto, Argelia y Marruecos. Anualmente en las fechas veraniegas sus costas se ven llenas de naturales y extranjeros. Es una inmensa ola que se lanza sobre sus playas en busca principalmente del sol que se les sirve lo mismo en *campings* que en apartamentos y hoteles de todas categorías.

Sin embargo, la ola se retira casi con la misma rapidez con que llegó y vuelve a dejar desiertas playas y núcleos de estío, produciendo un colapso económico en la mayoría de los sectores con la excepción del de la construcción. Este, animado por la coyuntura, continúa "urbanizando" costas con más o menos responsabilidad, urbanizaciones que luego se encargará de vender una también más o menos responsable propaganda.

No vamos a analizar aquí el mayor o menor éxito

de los promotores—éxito basado siempre en actuaciones a corto y medio plazo—, sino a contemplar el fenómeno con una mayor amplitud. Trataremos de ver las fuerzas que actúan sobre la realidad europea actual, deduciendo de ellas el "retorno al Mediterráneo".

A nadie se le oculta que la mayoría de los países europeos—al menos de los de fuera del telón de acero—han sobrepasado ya la barrera de los 500 dólares de renta por cabeza. Ello quiere decir que en todos ellos hay dinero para ahorrar. Ese ahorro o se gasta (y el hacer turismo es una forma muy corriente de gastarlo) o se invierte. Hoy día parece que se va abriendo camino la idea de que es más interesante para la paz y prosperidad de las naciones que sus balanzas de pagos se vean equilibradas. En los países subdesarrollados ese equilibrio hay que lograrlo con ayudas fuertes de los países ricos, ayudas que no deben ser como las que hasta hoy hemos contemplado (que sólo piensan en retirar cuanto antes beneficios y aun el capital), sino basadas en otros principios. Esto puede parecer utópico, y aunque tiene algo de ello no por eso puede ser imposible. La utopía no consiste en pensar que esos capitales que del Norte vendrán al Mediterráneo lo harán prescindiendo de todos los principios capitalistas (el principal de los cuales es la obtención del máximo lucro, según se puede ver en los ejemplos de pasadas inversiones de naciones ricas en otras subdesarrolladas), sino en considerar esa nación como su propia nación. ¿Es esto una utopía? Creemos que no. Pensar en una futura Europa unida—unión que no se hará de golpe y porrazo, sino por pequeñas asociaciones de las que pueden ser primeros ejemplos la O.C.D.E., la C.E.C.A., la C.E.E., etc.—no es soñar. Indudablemente ha de llegar el día en que España sea algo así como una provincia de Europa, lo mismo que Francia, Suecia, Inglaterra, etc. Entonces el alemán que antes haya veraneado en cualquier país mediterráneo podrá pensar que quizá le convenga más quedarse a vivir en él invirtiendo sus ahorros creando una fuente de trabajo en dicho país, si no para él, sí para sus hijos o nietos, y cuyos hijos ya no serán alemanes, sino del país al que se traslade. En estas circunstancias las condiciones de inversión serán distintas y ese capital se invertirá en empresas que ayuden más al desarrollo.

Unido a los excedentes de renta cada vez mayores encontramos otro motivo que corrobora la tesis del retorno al Mediterráneo. Es éste el aumento del tiempo de ocio de los europeos, bien por disponer de unos días de vacaciones en una o varias épocas del año o bien por adelantarse las edades de jubilación. El medio de vida hostil que en la mayoría de los países europeos hay que soportar sirve de acicate para huir de él cada vez que el trabajo lo permite, buscando, por oposición, lugares de sol, luz y tran-

quilidad como los que al menos hoy ofrecen las costas del Mediterráneo. Hace ya muchos años que se puso de moda la Costa Azul como lugar de retiro de millonarios. Hoy los millonarios van siendo sustituidos por funcionarios franceses retirados, mientras que van apareciendo otros núcleos parecidos en Italia, e incluso España (la colonia de ingleses asentada en la falda de la sierra de Mijas es un ejemplo). Ambos aumentos de tiempo—vacaciones y retiro—van a condicionar en el futuro una ocupación más o menos permanente de los lugares mediterráneos para la que conviene que las naciones se preparen.

Admitamos, pues, que en un futuro, es igual que sea próximo o remoto, las costas mediterráneas serán un hervidero humano. El hecho plantea toda clase de problemas fácilmente comprensibles, tanto de índole económica como sociológica, religiosa, urbanística, etc.

Antes de contemplar la idea de lo que urbanísticamente puede suponer una enorme ciudad lineal a lo largo de toda la costa vamos a ver dos problemas económicos que pueden presentarse al principio del proceso señalado. En primer lugar está el problema de las llamadas "urbanizaciones". Raro será el propietario de tierras en la zona costera mediterránea española en cualquiera de sus oficialmente bautizadas costa brava, costa dorada, costa del azahar, costa blanca o costa del sol, que no tenga pensada su "urbanización". Lo que antes era un terreno de labor cuyo valor no alcanzaba las 10 pesetas metro cuadrado, hoy no se ofrece por menos de 200 pesetas. Sin Plan de ningún tipo y sin obras de urbanización que ofrezcan una mínima garantía, miles de "urbanizaciones" han vendido ya a nacionales o extranjeros una o varias parcelitas. El caos económico, que tarde o temprano ha de alcanzar al "último propietario", da motivos para pensar en la necesidad de un cierto orden. Triunfarán—o sea ganarán dinero—aquellos conjuntos que mejores ventajas competitivas ofrezcan a los usuarios, pasando muy malos ratos los otros. Claro que con el tiempo puede pensarse que quizá se llene todo, pero ¿es prudente dejar que por falta de una adecuada planificación (y por adecuada planificación se entiende no sólo la física, sino la que resuelve problemas de reparcelaciones o compensaciones) se malogren capitales que rendirían más provecho a la Nación invertidos con mejor tino? Hoy es frecuente ver cómo afluye el capital a las costas en busca de terrenos para "urbanizar" (capital que en muchos casos tardará mucho tiempo en dar sus frutos), mientras la agricultura y la industria, en plena época de renovación, andan escasas de dinero que las revitalice. El mal es, pues, grande: El país ve cómo parte de la savia que es el capital no alimenta sus vasos y muchos promotores o inversionistas van a ver cómo languidece su negocio.

En segundo lugar aparece el problema del des-

arrollo desaforado del sector terciario. La historia económica muestra cómo los países que se desarrollaron pasaron de un estadio con predominio de la población activa ocupada en actividades primarias (agrícolas o mineras) a otro en el que dominaban las secundarias (industriales) para alcanzar el desarrollo con predominio de las actividades terciarias o de servicios. Un país se considera superdesarrollado cuando su población activa dedicada a los servicios es mayor que la empleada en la industria y ésta, a su vez, que la ocupada en la agricultura y minería.

Ahora bien: el paso de un estadio a otro no siempre es fácil de lograr. Tradicionalmente el proceso se iniciaba logrando perfeccionar la agricultura, para que al liberar ésta la mano de obra sobrante pudiese colocarse en la industria, cuyos mejores salarios ayudarían a la creación de un fuerte sector terciario que poco a poco iría ganando terreno hasta invertir los términos.

Un desaforado crecimiento del sector de los servicios—y una avalancha turística, aunque sea estacional, puede provocarlo—puede desequilibrar de golpe las proporciones idóneas para el proceso del desarrollo, llegando incluso a frenarlo. Hay estudiosos que opinan que esto no puede ocurrir y que si lo que caracteriza una situación de desarrollo es un predominio del sector terciario, el fomentar su acelerado crecimiento merced a la coyuntura turística o a cualquiera otra, arreglaría antes los problemas de excedentes de mano de obra en el campo y que ello ayudaría a éste a racionalizarse y desarrollarse convenientemente.

Es cierto que otros países que ya lograron un alto nivel de renta no contaron con coyunturas como la turística actual para alcanzarlo, pero ello no da motivo para creer que forzando puestos de trabajo terciarios el proceso de desarrollo se acelerará. Los detractores de esta teoría creen, con razón, que en una fase de desarrollo lanzar lo que empiezan a llamar el "monocultivo del turismo" es un error tan grande como pensar que si vestimos de *frac* a los pordioseros dejan de serlo, ya que como el *frac* lo llevan los ricos...

Siempre hemos repetido que todo desarrollo ha de empezar por desarrollar la propia agricultura, y esto no se logra sólo con quitarle gente. Sobra gente en el campo, es cierto, pero no toda. De acuerdo que la "coyuntura turística" no es la única causa de los males de la agricultura y de muchas ramas de la industria, pero sí es cierto que está creando muchas perturbaciones que quizá aún no se manifiesten con toda su fuerza, pero que no tardarán en llegar. Ejemplo: en los ya lanzados polos turísticos surgen como hongos los grandes negocios inmobiliarios amparados en la "coyuntura turística" que a nadie interesa frenar aún, sabiendo que muchas edificaciones se levantan

contra ordenanzas o encima de playas, cauces o carreteras y sin los elementales servicios urbanísticos, etcétera. Pues bien, en tales sitios no hay quien construya viviendas modestas, debido al altísimo coste de los terrenos y de la misma construcción. Por un lado los nativos y los emigrantes campesinos obtienen un mejor salario, pero por otro no alcanzan ni viviendas en condiciones, ni adecuadas zonas escolares para sus hijos, ni mercados alimenticios normalizados. La mejora del nivel de vida no es sólo mejora del nivel de ingresos, sino también de las condiciones de habitabilidad, educación y alimentación difíciles de conseguir si las actuaciones de desarrollo no obedecen a un Plan conjunto y armonioso, Plan que existe en muy pocos polos de los llamados turísticos.

En los dos últimos informes del Banco de Bilbao dos provincias turísticas como Gerona y Málaga han experimentado suerte diferente. Mientras Gerona subió muchos puestos en la clasificación de las provincias de acuerdo con la renta por cabeza, Málaga bajó bastantes. Es prematuro hacer juicios, pero en el indudable desarrollo de Gerona con toda certeza han influido tanto el auge de la Costa Brava como el de los muchos núcleos industriales con que cuenta ya la provincia, sin olvidar que su agricultura, en evolución, no es de las peores de España; por el contrario, Málaga sólo ha desarrollado la Costa del Sol.

Una vez más queda patente la necesidad de actuaciones que obedezcan a unas mínimas directrices de desarrollo. Ahora bien: ¿existen esas directrices lo suficientemente estudiadas como para que su aplicación produzca resultados positivos? ¿Se acometen Planes regionales que estudien las posibles interferencias de las fuentes de riqueza impulsadas?

Se llama al arquitecto, cuando mucho, para hacer los planos de las urbanizaciones o los Planes Generales de Ordenación, pero muy pocas veces se piensa en él para una superior planificación. Ahora bien: con el futuro resurgir del Mediterráneo, ¿no produce temor el pensar lo que pueden llegar a ser sus costas si no se piensa en ello? ¿Dónde localizar los necesarios núcleos industriales? ¿Dónde las huertas que alimenten sus ciudades? ¿Cómo acometer el "llenado" de sus costas?

El tema es tan vario y al mismo tiempo tan urgente que bien merece la pena prestarle más atención y volver sobre él. Es preciso llegar a la convicción de que no puede hacerse un Plan de desarrollo turístico de nuestras costas sin hacer también al mismo tiempo planes de desarrollo industrial y agrícola, o sea planes de desarrollo "integral" y que dichos planes ni son patrimonio exclusivo de los arquitectos—y a veces se cree que sí, en cuanto acarrear planeamiento físico—ni en manera alguna deben estar fuera de su elaboración, como tozudamente viene ocurriendo en muchos países.